A propósito de la semántica potencial de utopía

Published : 2011-05-03

Table of Contents

A propósito de la “semántica potencial” de utopía

Andrés Fonseca
Investigador Proyecto Utopía. Universidad Central (Bogotá-Colombia)

Podemos comprender la expresión utopía como aquello que está sin lugar en la realidad, lo que aún no ha acontecido, lo todavía-no. En un sentido más general, se puede interpretar la utopía como algo ideal, deseable, imaginado. Si miramos un poco la historia y en especial la modernidad, podemos ver la formulación de utopías en diferentes órdenes: utopías sobre el hombre nuevo y la sociedad (Tomás Moro, Kant, comunismo, nazismo), la revolución cultural del deseo (mayo del 68) la evolución de la técnica y las tecnologías (futurismo, posthumanismo) utopías respecto al mundo científico (Verne, Buckminster Fuller) utopías sobre la librecultura (Leyes alternativa a los derechos de autor); utopías del desarrollo y la sostenibilidad (capitalismo).

Pero todas estas visiones de futuro no han estado exentas de sombras y en cada utopía es posible ver engendrarse en su interior, su revés, el lado negativo: la distopía. La distopía es la cara oscura de la utopía y quizá ha sido la ciencia ficción a través del cine y la literatura los que mejores aportes han construido a estas visiones dramáticas y algunas veces apocalípticas del mundo contemporáneo. Ejemplos encontramos en Un mundo feliz de Aldous Huxley; 1984 y la rebelión de la granja, de George Orwell; Neuromante de William Gibson y películas como Metrópolis, Blade Runner, Gattaca, Brazil, Matrix, Road, Videodrome, ExistenZ.

Tanto las utopías como las distopías han jugado un papel relevante en pensamiento y en la problematización del sentido de la especie y del ser humano en el planeta, ambas dan que pensar sobre nuestro tiempo. Es cierto que necesitamos del arte para que ilumine aspectos de lo real muchas veces no cuestionados por nosotros y para problematizar la percepción del mundo y el mundo de la percepción. Igualmente necesitamos del pasado, del presente y del futuro para construir las utopías y distopías. Necesitamos de visiones para vivir, de los visionarios y de la ilusión de esperanza. A la par, necesitamos de una mirada atenta al mundo, para poder percibir tanto sus luces como sus sombras. Quizá han sido los aportes de los pensadores y los artistas los que mejor han leído su tiempo, los que tengan más sensibles los sensores para comprender el tiempo. Es así entonces que poder penetrar en la memoria tiempo y de la historia y poder extraer sus lecciones para el presente, es un asunto de coraje ciudadano e intelectual.

Una cuestión característica del siglo XX, es que muchas promesas se cumplieron en muchos dominios de lo real, algo que Alain Badiou llama la "pasión de lo real" en plano de la técnica y de la política, pero al tiempo, se ha diseminado un desencanto, un hastío y de sospecha a lo humano por acontecimientos contrastantes como el nacionalsocialismo (Steiner, 2001), las dictaduras latinoamericanas, las centrales nucleares, los cambios climáticos, las invasiones a países. Otro asunto muy de estos tiempos es lo que el pensador ruso Mijail Epshtein llama el tempocidio, dado por una idea permanente de nuestro tiempo de liberar el futuro del pasado y el pasado del futuro. El tempocidio es el asesinato del tiempo, es del mismo
orden que el genocidio o el ecocidio, señala Mijail Epshtein; las revoluciones generalmente se producen a través de los tres estadios, pues dice el autor, "comienzan con la inmolación del pasado en aras del futuro, prosiguen con el exterminio de clases sociales y pueblos, para concluir con la devastación natural. Las revoluciones pueden también moverse hacia atrás, pueden exigir que el pasado se libere del futuro, tal como lo muestra la ideología neofascista de la gran tradición, tan popular

en las postrimerías de nuestro siglo”.

Un modelo muy peligroso y que se replica en muchos contextos sociales, es por un lado, el de echar a perder el presente y sus potencias, es decir nuestra posibilidad de intervención y participación en la suerte del mundo, por pensar en el futuro, diseñarlo y amoldarlo a las necesidades. Esto se ve mucho en la formación de los jóvenes a los que se le repite, más adelante será, estás aprendiendo, aún te falta mucho por vivir. O al investigador en formación, tu tesis es para el periodo postgradual, toda la vida estarás aprendiendo, esto no se hace aquí, se hace allá. Lo que repercute en todos estos ejemplos es de una muerte del tiempo presente, muy nociva para la subjetividad.

El otro ejemplo es el que hace referencia a perder el presente por estar atado a las tradiciones del pasado y tener la percepción de lo dado como algo sustancial e inmutable. Asuntos como de la identidad, la lengua, el territorio, la nacionalidad, las costumbres, a veces son apeladas para hablar de lo propio y de las tradiciones y se gesta cierto semblante y actitud que ve todo lo nuevo y lo emergente con recelo.

Concluimos con esto que todo arraigo que absolutice a las costumbres y tradiciones, una mirada anticuaria como señala Nietzsche y todo optimismo frente a futuros abstractos que rompa radicalmente con el pasado, amparados por cualquier consigna revolucionaria o ideología, generan sus propios monstruos.

Necesitamos pues de un modelo de pensamiento utópico, necesitamos de la esperanza (Bloch), del todavía-no, de una lógica de las finalidades que no absolutice e imponga, como lo han hecho los istmos (capitalismo, comunismo, franquismo, nazismo) un valor esencial. Necesitamos de la imaginación y del riesgo de imaginar futuros divergentes a los que se imponen. Para esto necesitamos de aliados, ya que la imaginación y del riesgo del que hablamos no es asunto de individuos sino de comunidades de práctica que rediseñan el presente. Necesitamos de espacios y enclaves sociales abiertos que movilicen las utopías y también de herramientas ciudadanas que dinamicen y generen unas conversaciones respecto a los aspectos que están en juego en nuestro presente, ya que si no los pensamos y los construimos colectivamente, otros lo harán y le impondrán sus lógicas y argumentos.

No es posible entender el fenómeno utópico sin la mediación de la escatología, el mesianismo y la apocalíptica. Para esto, mientras sigamos en la línea hegemónica de pensamiento que ve el futuro de modo indicativo o imperativo, como aquello que "será" o "deberá ser", seguiremos construyendo fatales tempocidios. Las utopías deben tener el carácter de instrumentos muy afinados para leer las sombras y luces del presente. No pueden ser meras enciclopedias, ni meras imaginaciones ideologizadas, ni más razones de ser, por más refinadas que sean y que señalen un cambio futuro.

Las utopías posiblemente son instrumentos o dispositivos (Agamben) para agujerear la realidad y el pensamiento vivo (presente), para movilizar la
esperanza o para constituir cuerpo a cuerpo las tendencias de cambio que circulan de modos muy marginales y que a lo mejor, pueden expandirse con un trabajo persistente y táctico, en otras esferas de lo real.
Para esto es muy importante no sólo imaginar el futuro, visionarlo, sino percibir tendencias emergentes de cambio que laten en lo real, que ya están circulando pero que no tienen mucha amplitud de efectuación en lo social. Posteriormente categorizar cuáles son las tendencias que ya están entre nosotros en el campo de la ciencia, la tecnología y la educación, así su espectro sea sutil, y hallar - comprender cuál es la perspectiva utópica y divergente que agencian; cuál es su potencia revolucionante en cuanto a la refundación de las prácticas sociales, de los escenarios y los actores; qué tipo de transformación radical conduce en la educación, la subjetividad y las prácticas de participación social. Qué saberes movilizan; qué escenario de posibilidades abren en el campo educativo y político... Estas son entre otras preguntas que a lo mejor nos ayuden a organizar más nuestro trabajo.

La utopía no es un espacio para ser llenado; cuando se llena lo que no tiene lugar adviene el tempocidio. Por el contrario, la utopía es una fuente de posibilidades para ser construido y efectuadas colectivamente. La utopía puede contribuir a la reconciliación del tiempo (o la emergencia de otros espacios-tiempos) donde no se oponga el modelo dualista y occidental de "pasado-futuro".

Tenemos que estar alertas que lo que ayer se percibía como futuro – el progreso ilimitado, la sociedad sin clases, la razón absoluta, el hombre ilustrado – de pronto, sin haber logrado convertido en presente, se convierte inmediatamente en pasado Y al revés, aquello que parecía un lejano pasado – el mercado libre, el desarrollo del capitalismo – de pronto se traslada a la zona del deseado futuro. (Epshtein).

Así también, la utopía expresa todo su potencial cuando es encarnada en prácticas concretas de pensamiento y acción. Cuando contribuye a establecer un relación singular con el tiempo y ayuda a dar forma a escenarios, a la creación de prácticas y a la emergencia de actores. Ahora bien, después de todas las utopías y distopías, se nos ofrece, la posibilidad de intersectar nuestra imaginación, potencia y pensamiento en un territorio de exploración provisional, ensayar futuros, amplificando prácticas seminales en donde el futuro como dice William Gibson ya está distribuido.

Nada definitivo en el mundo ha pasado todavía, la última palabra del mundo y sobre el mundo aún no se ha dicho. O si se ha dicho, en el campo de conocimiento que sea, aún sigue esperando resonar en el cuerpo de nosotros, en el cuerpo del planeta. El mundo es abierto y libre, todo está por- venir. El mundo futuro es según Epshtein, "una lengua sin gramática" y son las utopías un contorno donde se despliegan en el presente los posibles. Es ahí donde nos adscribimos más a la idea del mencionado autor, de potenciación y en nuestro caso de despliegue utópico, como el proceso de apertura del presente al encuentro de un futuro plural.

Bibliografia.

Badiou, A (2005). El siglo. Buenos Aires: Manantial Bloch, E (2004). El principio esperanza, Madrid: Trotta. Epshtein, M. Tempocidio. Prólogo para la resurrección del tiempo.
Steiner, G (2001) En el castillo de Barba Azúl. Barcelona: Gedisa